

EL CENTENARIO DE LA GENERACIÓN DEL 98

Julián Marías

(...)

Pues bien, la que llamamos «generación del 98» es, según esta escala, la de 1871, es decir, la de los nacidos en torno a 1871; por esto puedo decir que se está cumpliendo ahora el centenario de la generación del 98 como tal.¹

*

Los límites de nacimientos de esta generación son 1864-1878 (entre Miguel de Unamuno y Enrique de Mesa o Luis de Zulueta). Si avanzamos *un solo año más* y llegamos a 1879, encontramos figuras como Gabriel Miró y Eduardo Marquina, que tan claramente pertenecen a otra generación.

La entrada plena en la historia de la generación del 98 corresponde a la fecha 1901, cuando *ella* tiene treinta años (aunque Unamuno tuviese treinta y siete y Antonio Machado solo veintiséis). Todo lo anterior a esa fecha, sea cualquiera su madurez *individual*, es históricamente previo, es *la prehistoria de la generación*. Esto puede contribuir a aclarar las posiciones políticas tempranas de los miembros de la generación del 98, sobre las que tanto se insiste ahora, se tiende a sustantivarlas, olvidando que si se hace así hay que sustantivar con mayor motivo su rechazo, su repudio, precisamente al iniciar su verdadera acción histórica.

La generación del 98 llega al poder quince años después, en 1916 (es decir, naturalmente, cuando entra en la historia la generación siguiente, la de 1886: Ortega, Marañón, Miró, Marquina. Eugenio d'Ors, Azaña, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, etc.). El ejercicio pleno del poder de la generación del 98 corresponde a la fase 1916-1931. Y, en efecto, es interesante notar que la oposición intelectual a la Dictadura de Primo de Rivera la ejemplifican sobre todo hombres como Unamuno y Valle-Inclán; pero cuando en 1931 se proclama la República, no van a ser los hombres del 98 los realmente influyentes, sino que el poder se desliza de ellos a la generación siguiente, que precisamente «llega al poder» en 1931. (Y al decir «llega al poder» quiero decir al poder social, y por tanto envuelve igualmente a los que no lograron el poder político, a la oposición, a los que se esforzaron desde entonces, por todos los medios, por conseguirlo.)

Pero ahora hay que tener en cuenta un factor decisivo, que modifica la teoría de las generaciones cuando llegamos a nuestro tiempo: la reciente longevidad del hombre de Occidente. Mientras a lo largo de toda la historia conocida el límite de la vida activa del hombre podía ponerse hacia los sesenta años, y después de esa edad solo quedaban «supervivientes» de una generación diezmada por la muerte, la invalidez o los achaques, en el siglo XX la actividad se prolonga, con escasa disminución, mucho más allá, y probablemente durante otros quince años. Es decir, en nuestra época dos generaciones «comparten» el poder en formas distintas (la «saliente» y la plenamente vigente). Cuando la generación de 1886 llega a su fase de gestión, la anterior, la del 98, no solo no ha desaparecido, sino que conserva sus facultades y su prestigio. Entre 1931 y 1946 hubiera debido existir esa peculiar «diarquía generacional» que es el signo de nuestro tiempo, esa forma sutil y valiosa de mando, del que tanto se hubiera podido esperar. Pero ello estuvo atrozmente perturbado por las dos guerras, la Civil de 1936-39, prolongada interiormente por la emigración y la anormalidad de la convivencia y la vida pública, y la Mundial de 1939-45, que lo reforzó todo y «petrificó» la situación interna. Sin embargo, esa rectoría conjunta de las dos generaciones no se frustró enteramente, no dejó de existir —los fenómenos políticos, por devastadores que sean, son como las tempestades marinas, relativamente superficiales—: Únicamente, hay que buscarla en el subsuelo.

Y hay que tomar en consideración un azar imprevisible y significativo: la mayor longevidad media de los hombres egregios de la generación del 98, el hecho de que hayan ido desapareciendo *a la vez*, alternándose, los de 1871 y los de 1886. Las dos generaciones que han trabajado más «en

¹ Julián Marías escribe este artículo en 1971.

equipo», a distintos niveles y con diferentes estilos pero en la misma empresa. La generación del 98 fue «polémica» respecto al mundo anterior, a la Restauración; la siguiente continuó en la misma actitud polémica y fue, por tanto, «acumulativa» respecto a la del 98.

La «salida» (en términos actuales diríamos la «primera salida») de la generación de 1886 se inicia en 1946. No olvidemos que al volver a España tras casi diez años de exilio Ortega, al hablar por primera vez en público en 1946, lo primero que hizo fue recordar el antiguo romance: «Viejo que venís el Cid, — viejo venís y florido»; es decir, se presentó como «viejo», aunque estaba en su máximo esplendor personal y biográfico; se sentía generacionalmente al final de su vigencia (por lo menos, de la primera fase de esa singular «doble vigencia» que caracteriza a nuestro siglo). En todo caso, al liquidarse al mismo tiempo *dos* generaciones decisivas, la conmoción en la vida española ha sido mucho mayor. Habría que investigar con cuidado que ha pasado de verdad en España, cuántas cosas se han roto, comprometido u olvidado hacia 1961.

El hecho significativo, no obstante, es la *pervivencia* —tras la muerte y la desaparición física— del 98. Es el «telón de fondo» de la época actual. Todavía nos definimos respecto a esa generación. Basta con pensar, para probar que está viva, en la «irritación» que produce la generación del 98 en mediocres y rencorosos, en los que no quieren «venir de»: lo que podría llamarse históricamente «espíritu de bastardía». ¿Por qué esa pervivencia? ¿Qué fueron esos hombres, qué fue la generación del 98?

II

Sorprende la fuerte individualidad —mejor dicho, la poderosa personalidad— de los hombres egregios de la generación del 98. Es imposible confundirlos; a nadie se le puede ocurrir pensar que una página de Unamuno es de Valle-Inclán, que una de Baroja haya sido escrita por Azorín, tomar un poema de Antonio Machado por de Unamuno (o aun de Manuel Machado). Y al mismo tiempo, todos estos escritores tienen una formidable realidad de *grupo*. Por eso se ha ejemplificado en ellos mejor que en ningún otro caso lo que es una generación. No es solo el azar de que fueran denominados así muy pronto, en forma temática ya por Azorín en 1913; es que cuando queremos pensar claramente lo que es una generación —quiero decir, sus hombres representativos, la minoría que la expresa— volvemos los ojos a la de 1871, llamada del 98.

Estos autores son irreductibles, inconfundibles respecto de antecedentes o consecuentes. Sean cualesquiera las semejanzas, afinidades, coincidencias o simpatías, se distinguen de los de las generaciones anteriores o posteriores. La distancia entre Menéndez Pelayo y su discípulo Menéndez Pidal o entre este y Américo Castro es tan notoria y evidente, que todas sus proximidades no hacen más que subrayarla; si comparamos a *Clarín* con Unamuno, a este con Ortega, el resultado es el mismo; lo mismo ocurre si partimos del propio *Clarín* o de Emilia Pardo Bazán para llegar a Baroja y continuar desde el hasta Miró o Pérez de Ayala; y así en todos los casos.

Se junta en los hombres del 98 la originalidad con la «pertenencia» a algo transpersonal, con la radicación en una realidad que va más allá de cada uno de ellos. Nada ha habido más español que estos hombres; nada más universal; por ellos pudo España penetrar en el mundo y restablecer la *igualdad* histórica de España; quiero decir cancelar el retraso de una generación aproximadamente, que arrastraba respecto del resto de Europa desde los terribles veinticinco años que van de la invasión napoleónica de 1808 a la muerte de Fernando VII en 1833; lo que hacía que en el siglo XIX, cuando un español cruzaba la frontera tuviera la impresión de cambiar, no solo de país, sino de época. Los hombres del 98 consiguieron poner a España «a nivel»; y de tal modo, que en algunas cimas ciertos españoles del siglo XX se hayan adelantado a todos sus contemporáneos en algunos esenciales descubrimientos: Unamuno, Valle-Inclán, Ortega, Picasso, Ramón Gómez de la Serna...

A pesar de que la generación europea anterior —a la que históricamente correspondía en muchas cosas la española del 98— los llevaba esa tentación, a pesar de que en alguna medida cayeron en ella, creo que los hombres del 98 lograron superar la preocupación por ser «distintos» y se entregaron a *ser*; y cuando se es de verdad, la distinción se da por añadidura.

Por esto, el rasgo decisivo de los hombres del 98 fue la *autenticidad*: tener que ser libremente lo que se es —mejor aún, *quien se es*—. No fueron sus dotes las que los hicieron geniales; fue la manera

genial de ejercerlas. Algunos estaban egregiamente dotados; otros no tanto, y no importa decirlo; al revés, debe decirse —en su honor—. Eran *escritores*, radicalmente escritores, desde dentro, porque no podían —ni querían— ser otra cosa. Y lo eran *en concreto*, como hay que serlo: en las circunstancias en que se vive. Si los del 98 hubiesen sido hombres de otro país o españoles de otro tiempo, sus obras hubieran sido esencialmente diferentes. Cuando se quiere escribir «para siempre» se suele escribir para una temporada. La forma de «durar» no es ser intemporal, es «quedar»; yo diría, en mejor español, «quedarse».

Aunque en otros tiempos apenas sería necesario decirlo, en esta fecha centenaria de sus nacimientos no es ocioso recordar que fueron hombres de convivencia, conversación y tertulia. En la España de su tiempo no se concebía que se pudiera ser otra cosa, y no digamos tratándose de escritores. En el mundo actual esto se ha perdido en grandísima parte —algún día podremos saber a qué precio—; una de las riquezas españolas es la relativa conservación de estas formas de vida, y sabe Dios cómo las estamos malbaratando —habrá que precisar a cambio de qué, y entonces se verá hasta qué punto es un mal negocio—. Hay que recordar la camilla de la casa de Unamuno en Salamanca, o el café Novelty en ocasiones, o la tertulia en marcha por la «clara carretera de Zamora / soñadero feliz de mi costumbre»; y la del café que se llama la Granja El Henar, de Valle-Inclán, en la calle de Alcalá, y el Gato Negro, y las tertulias de redacción de Azorín —a pesar de ser personalmente silencioso—, y las tertulias de Antonio Machado en el casino de Soria (o en otros lugares más humildes, porque fue él quien escribió: «y pedantones al paño / que miran, callan y piensan / que saben, porque no beben / el vino de las tabernas. / Mala gente que camina / y va apestando la tierra»), o en la rebotica de Baeza, o con los amigos de Segovia; y la de Baroja en su casa de Vera o en la calle de Ruiz de Alarcón en Madrid. (Y no olvidemos luego las de Ortega en *El Sol* o en la *Revista de Occidente* —Pi y Margall 7, después Bárbara de Braganza 12—, las de Ramón en Pombo.)

En esas formas de espontánea, vivaz, amistosa convivencia sin reservas ni trastienda brotaba la naturalidad. Hay que leer el libro de Ricardo Baroja, *Gente del 98*, para ver los trapicheos que se trajeron algunos de estos personajes para asegurar la boda de Anita Delgado, la guapísima muchacha de Madrid, con el mirífico, casi mítico Maharajá de Kapurtala, que había de aparecer luego, transfigurado, en la obra de Valle-Inclán. Y los viajes por toda España, hasta absorberla y saturarse de ella —en mula, a caballo, en trenecitos humildes, en desvencijadas tartanas, como fuera—; y las casas de huéspedes con un lavabo y un cubo y un jarro de agua, naturalmente fría; y las posadas en que aun eso era problemático, pero donde los postigos abiertos ofrecían los viejos tejados de Castilla, los sobrados, el vasar «donde posa sus dulces ojos verdes Melibea» o la espadaña de las monjas con su campana cristalina. La escasez aceptada con naturalidad; y los lujos eventuales cuando hay un milagro. Realidad, realidad, realidad: para «filtrarla» hay que dejarla pasar por el alma, por la biografía, en dosis enormes.

Los hombres del 98 vivieron *instalados en la literatura*. Era, más aun que su oficio, su morada. Todos fueron *escritores*. La excepción aparente, Menéndez Pidal, sabio, erudito, filólogo, descubre a los ochenta años que había sido toda su vida un escritor «en estado latente». (Una vez, cuando se acercaba a los noventa, le dije: «Don Ramón, usted cuando ha empezado a escribir verdaderamente bien ha sido después de los ochenta años.» Me contestó, con su media sonrisilla, como disculpándose y alegrándose de que le hubiera descubierto el secreto: «Es que no me atrevía.»)

De esta manera pudieron conseguir el contagio y la reviviscencia de ese interés entre los españoles, el renacimiento, sobre todo, de la actitud teórica, tanto tiempo perdida. Por eso hemos podido vivir de ellos, ver España con sus ojos, y seguimos viviendo de su herencia fresca mientras celebramos los centenarios de sus nacimientos: Unamuno el 64, Ganivet el 65, Valle-Inclán el 66 —flanqueado por Arniches y Benavente—, Rubén Darío —que era ciertamente nicaragüense, pero español como cualquiera— el 67, don Ramón Menéndez Pidal el 69, Gómez Moreno —todavía en vida aquel día— el 70, Miguel Asín Palacios y Serafín Álvarez Quintero este año 71, Baroja el próximo, Azorín el que seguirá., y luego Joaquín Álvarez Quintero y Maeztu y los Machado...

Nuestro tiempo empieza con ellos y ha seguido, por lo menos, tres generaciones más: la de 1886, la de 1901, la de 1916. ¿Y las siguientes? Ha podido parecer que estaban ya en otra cosa; pero no es seguro. Hay que contar con que la realidad no siempre coincide con los gestos, y con la «vocación de

adanes» que suelen tener los españoles. Casi siempre, el ademán de «romper» con el pasado encubre el no saber *empezar* de verdad. La única manera de superar el pasado no es romper con él, sino subirse encima de sus hombros. No hay más modo humano de empezar que *seguir*.

Por esto hemos entrado en una serie de centenarios que no son arqueología, sino más bien el examen atento, yo diría la toma de posesión, de nuestras entrañas históricas. Y al hacerlo encontramos la más soberana lección de libertad; y no es tanto que estos hombres del 98 fueran liberales —que acaso algunos alguna vez no lo fueron—: es que fueron libres.

(1971)

Marías, Julián: *Literatura y generaciones*, 1976